

LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES EN CLAVE JURÍDICA

Santiago Catalá Rubio

Profesor Titular de Derecho Eclesiástico. Universidad de Castilla-La Mancha

1. ESTADO ACTUAL

El 21 de septiembre de 2004 el Presidente del Gobierno español expuso ante la Asamblea General de Naciones Unidas una propuesta de gran calibre: crear una alianza entre Occidente y el mundo islámico que rompiera las tendencias xenófobas, los malentendidos históricos y los odios atávicos que estaban renaciendo a ambos lados del Mediterráneo.

El telón de fondo lo constituían, sin duda alguna, los colosales atentados cometidos por Al-Qaeda contra las Torres Gemelas de Nueva York, el Pentágono y, por supuesto, el 11-M, entre otros ataques terroristas.

El plan de Zapatero consistía en articular una serie combinada de acciones que abarcara dos ámbitos distintos, el político y de seguridad, por un lado, y el cultural por otro, en tres órbitas de actuación bien diferenciadas: la universal, la regional y la nacional.

Para ello quería crear un Grupo de Alto Nivel que recogiera esta iniciativa suya y del Presidente turco Erdogan cuya misión sería presentar en el segundo semestre del 2006, es decir, dos años después, un memorandum en el que se recogieran sendos grupos de informes y recomendaciones. También contemplaba el Plan la constitución de un Equipo de Investigación y la dotación de una Secretaría que hiciera operativa toda la maquinaria.

Esta iniciativa fue bien recibida por Kofi Annan, a la sazón Secretario General de Naciones Unidas, quien el 14 de julio de 2005 formalizó su apoyo institucional. Así, en el sexagésimo período de sesiones se suscribió el Documento Final de la Cumbre Mundial en el que se asumía como propio este proyecto^[1]. Conviene destacar que pocos años antes, concretamente en 2001, el Presidente iraní, Jatamí, había propuesto ante la ONU lo que se denominó Diálogo entre Civilizaciones, dando lugar igualmente a una agenda de trabajo.

La justificación del solapamiento de la Alianza sobre el Diálogo fue fundamentada en que la primera representaba un proyecto más ambicioso, de contenido político, frente al Diálogo, de carácter más académico y cultural.

Durante este período de tiempo y hasta la fecha, las declaraciones institucionales, los discursos y los gestos han sido numerosísimos. España, como país anfitrión de esta propuesta, puso encima de la mesa su inequívoca intención de apoyar su propia idea, buscando adhesiones políticas e institucionales dentro y fuera del país. Pese a una oposición partidista contraria al proyecto y cierto clima de escepticismo, lo cierto es que, desde que se formalizara el apoyo de Naciones Unidas y se sumaran otros Organismos de importancia capital tales como la Liga Árabe o la Organización de la Conferencia Islámica, un total de ochenta entidades, entre países y Organizaciones internacionales, se han unido a la iniciativa; ellos constituyen lo que el Gabinete de Zapatero denomina “Grupo de Amigos”, una realidad informal que, por ello, no deja de resultar algo peculiar como lo demuestra el hecho de que sólo once de ellos hayan prestado colaboración económica; el monto de toda ella en el ejercicio pasado (2007) fue de 6,9 millones de euros, cifra a todas luces extraordinariamente exigua para un programa de estas dimensiones.

[1] Temas 46 y 120 del programa 05-48763.

De forma coherente con el planteamiento inicial, según el cual la Alianza debía actuar a los tres niveles geográficos antes citados, España como nación comenzó su apuesta y, a través de la Orden de la Presidencia de 21 de enero de 2008^[2], aprobó un paquete de medidas a adoptar para materializar este proyecto, divididas en cuatro grandes grupos, que tienen como epígrafes los siguientes: “Destinadas a favorecer el conocimiento mutuo y el aprecio de la diversidad”, “destinadas a la promoción de valores cívicos y de una cultura de paz”, “destinadas a mejorar la integración y capacitación de los inmigrantes, con especial atención a la juventud” y, por último, las “destinadas a la promoción y difusión de la iniciativa de la Alianza de Civilizaciones”. A esta Disposición, que contempla un total de cincuenta y siete acciones, se le denomina en la citada Orden “Plan Nacional del Reino de España para la Alianza de Civilizaciones” y contiene desde actuaciones extraordinariamente concretas y puntuales como la “restauración de la fachada de la biblioteca de Sarajevo” a otras tan abstractas y difusas como la “capacitación de la mujer inmigrante para fomentar su participación y liderazgo en sus respectivas comunidades y en la sociedad española en general”, pasando por propuestas ubicables en el término medio como la “creación de nuevas rutas temáticas según el modelo de la Ruta Quetzal”.

Una de esas medidas es la organización de un Congreso Internacional que trate de los retos y oportunidades de la Alianza y que debe celebrarse en el 2009. Antes de esta fecha, en los días 15 y 16 de enero de 2008, el Gobierno de la Nación impulsó la celebración del I Foro de la Alianza de Civilizaciones, tomando una vez más la iniciativa a nivel internacional, ocasión que fue aprovechada para procurar integrar y comprometer a personajes, representantes, instituciones y países que quisieran sumarse. Dado que Turquía fue inicialmente el único aliado del Primer Ministro español, se acordó que el II Foro se celebre en el citado país, estando previsto para el próximo mes de abril. Llama la atención que Turquía, pese a su evidente islamicidad sociológica, no sea un país árabe ni pueda presumir de tener estrechos lazos históricos con el panarabismo, de hecho el reformador de la sociedad turca, Mustafá Kemal “Atatürk”, conversor de la nación otomana en una república laica y responsable de suprimir la poligamia y el repudio (dos instituciones clave en el Ordenamiento jurídico-confesional islámico), fuera el que asimismo eliminara el Califato, institución ésta que había existido desde los tiempos del Profeta Muhammad en tanto que representa al sucesor del mismo y, por tanto, la autoridad o cabeza del Islam en el mundo (ello le ha servido para ser considerado por ciertas facciones fundamentalistas un renegado de Dios y del Islam).

Por otro lado, el acercamiento de Turquía al mundo occidental, en tanto que país geográficamente ubicado a caballo entre dos Continentes, miembro destacado de la OTAN y socio de la UE que, además, aspira a formar parte de su Comunidad de Naciones, hace de él un actor de especial importancia para Occidente pero, por ello mismo, despierta serios recelos en diversos sectores árabes e islámicos.

La Orden citada, que no hace sino dar publicidad al acuerdo del Consejo de Ministros celebrado el día 11 del mismo mes, esto es, diez días antes de que se dictara la Orden y catorce días antes de que comenzara a celebrarse el I Foro de la Alianza, fue muy oportuna. Este Foro se caracterizó por la hipertrofia de discursos de inauguración y clausura. A él asistieron, además de personalidades, organizaciones y especialistas invitados, los Jefes de Estado y/o de Gobierno de cinco países, Argelia, Eslovenia, Finlandia, Malasia y Senegal -además de España y Turquía, como ha quedado dicho-, escaso bagaje dado el esfuerzo realizado por el Gabinete español y su Ministro de Asuntos Exteriores, así como por el Alto Representante para la AdC, el ilustre exPresidente portugués Jorge Sampaio.

[2] B.O.E. núm. 20, de 23 de enero de 2008.

2. ALGUNOS PROBLEMAS QUE PUEDEN DIFICULTAR EL ÉXITO DE ESTE PROYECTO

1. *Bipolaridad*

En Derecho -resulta paradójico- con frecuencia tiene más trascendencia lo que se omite que lo que se estipula expresamente. Así tenemos, por ejemplo, que la Alianza propuesta se concreta únicamente entre dos concretas civilizaciones, la occidental por un lado y la islámica por otro. Esto deja en principio completamente fuera de juego otras regiones importantísimas del planeta (tanto por razón de su extensión, su demografía, sus problemas, su peso o su futuro), como son el Lejano Oriente o el África negra no islámica^[3], por poner dos ejemplos. La razón que ha movido a los autores de este nuevo ingenio de la política global ha sido, sin duda alguna, la consideración del Islam como factor representativo de los peligros que amenazan los intereses de Occidente, especialmente el terrorismo internacional de origen yihadista y, en otro orden de cosas, la inmigración. Ello tiene su lógica pero no debe hacernos olvidar los riesgos que implica el carácter excluyente de la Alianza y el más que probable desinterés de los países que han quedado fuera del campo de actuación.

2. *Intencionalidad*

La sensación de que, bajo el atractivo de la idea de convivencia pacífica y encuentro sin traumas, lo que se pretenda en realidad sea “adornar” con buenas intenciones un programa que procura proteger -a la civilización occidental- del peligro de que vuelva a emerger desde África el magma islámico o de que, bajo sus turbantes, vuelva cultivarse la violencia. No es ésta mi opinión, pero lo que menos importa aquí es mi opinión, lo que realmente tiene interés es la lectura que de la Alianza hagan, de un lado, los sectores occidentales más fundamentalistas y antiislámicos y, de otro, sus correligionarios musulmanes. Destaco a estos efectos las innumerables citas que se han realizado en los incontables discursos pronunciados hasta la fecha por los defensores y promotores de la idea, en el sentido de que es necesario combatir el terrorismo yihadista y hacerlo desde la deslegitimación de sus planteamientos, es decir, a base de sembrar y cultivar la cultura de la paz, la convivencia, el entendimiento y la colaboración.

Pero una cosa es que ésto sea realmente así y otra que pueda ser utilizado para deslegitimar ese conjunto de buenas intenciones, máxime por el hecho de que la iniciativa haya partido de Occidente -víctima de los sangrientos atentados-, o el deseo expreso de utilizarla como medio defensivo frente al riesgo de sufrir mayores males que le desestabilicen; es decir, la sensación de que se está acudiendo a un recurso en el que, en el fondo, no se cree pero que procura “vestir” la articulación de una iniciativa internacional -con el respaldo de la ONU- para acabar con lo que se ha llamado desde Norteamérica “El eje del mal” contra el que había que iniciar una “cruzada”^[4].

Quienes creemos conocer la forma de pensar de los principales protagonistas de esta historia, el Presidente Zapatero y el Ministro Moratinos, sabemos que no es el caso y que ambos actúan por íntimas convicciones personales y políticas pero, al mismo tiempo, tanto ellos como la Vicepresidente De la Vega caen con frecuencia en la fácil tentación de procurar “vender” su proyecto al resto de Occidente justificando (en parte) la iniciativa por la necesidad de combatir el terrorismo. Lo mismo cabría decir de la inmigración. En la medida en que ésta se está convirtiendo en una realidad imparable, conflictiva, casi inasimilable para las economías y las sociedades europeas, se palpa la urgencia de establecer mecanismos que la combatan. Un ejemplo de ello es el reciente Tratado de Amistad suscrito entre España y Mauritania el 24 de julio de 2008^[5], en él se habla constantemente de la Alianza de Civilizaciones pero también de inmigración, seguridad, etc.. Es difícil eludir la

[3] En la que se encuentran más de treinta países.

[4] También puede ocurrir que se interprete el papel pionero de Turquía, en tanto que útil para tender puentes entre dos continentes, como parte de una estrategia que facilite su ingreso en la UE.

[5] “Tratado de amistad, buena vecindad y cooperación entre el reino de España y la República Islámica de Mauritania”.

posibilidad de que haya quien piense que ese interés por el crecimiento sostenible que ahora España muestra por Mauritania con la que se dice en el Preámbulo “compartir un espacio geográfico estratégico en la región del Atlántico Oriental” y ser “sensibles al alto aprecio mutuo que ha existido tradicionalmente entre ambos pueblos” no es sino, en el fondo, el deseo de cohibir el peregrinaje de africanos desde dicho país a las costas españolas (europeas), a lo que el Tratado, por cierto, dedica mucha atención.

Ciertamente debemos tener en cuenta que el terrorismo extremista de origen islámico azota en mucha mayor medida a los propios países árabes que a Occidente, de modo que bien puede decirse que esa cooperación que se busca es deseada sinceramente por todas las partes, pero, insisto, una posible interpretación finalista de la Alianza como mecanismo de defensa de Occidente para abordar los dos problemas apuntados, para lo cual persigue coordinar una acción global y contar con la cooperación de los países musulmanes, puede generar respuestas o sentimientos contraproducentes en tanto que ello favorezca el discurso integrista y antioccidental, ubicando una vez más a los Gobiernos de los países musulmanes en el lado -satanizado- del filocapitalismo.

3. Iniciativa occidental

Otro factor que puede dificultar los nobles y legítimos fines perseguidos por la Alianza es una excesiva unilateralidad. Como sucediera con los Acuerdos suscritos en 1992 por el Estado español, de un lado, y las Federaciones y Confederaciones protestante, judía y musulmana por otro, todo apunta a que el motor de aquellos Convenios fue el Gobierno, quedando las Confesiones religiosas relegadas a la condición de “invitados”, con poca capacidad de diálogo y muy poca de negociación. De este modo, a los grupos confesionales les quedó casi como único recurso el de sumarse a la iniciativa política. Ahora da la sensación de estar pasando lo mismo. Es Occidente y, más en particular, el Occidente político, el que toma la iniciativa y la lanza a los cuatro vientos con enorme entusiasmo para recabar simpatizantes, socios y adeptos para la causa, pero ésta no es viable si no se suman a ella los representantes de países y Organizaciones musulmanes. ¿Qué papel juegan éstos? ¿Cuál será el rol que desempeñen en el futuro? Es difícil responder a estas preguntas pero creo que al día de hoy todo apunta a que serán, si no meros comparsas, compañeros de viaje con escasa capacidad para determinar el rumbo, el ritmo y las medidas concretas a adoptar. Es evidente que para que la Alianza adquiera las mayores dosis de verosimilitud posible debe establecer un adecuado equilibrio de fuerzas entre un bloque y otro, posibilitando a cualquier miembro a tomar las iniciativas oportunas.

En la línea apuntada, da la impresión de que se actúa desde un sentimiento de superioridad difícilmente compatible con las posibilidades de éxito. Ciertamente Europa y EE.UU. han alcanzado mayores cotas de progreso económico, político y social que muchas otras áreas o regiones del mundo, pero también lo es que sólo desde hace unas pocas decenas de años, concretamente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, es posible sentir cierto orgullo por el devenir histórico occidental, y ello no precisamente en el área de sus relaciones con los países magrebíes, Palestina, etc.. Pienso que tiene razón John Brown cuando, al hilo de su particular análisis de la Alianza, expone que nuestra civilización parte de la idea de que las sociedades musulmanas no se corresponden totalmente con un “formato definitivo”, al contrario, se las sitúa en un orden de evolución precario y se las inserta en un “discurso histórico finalista cuyo culmen es la sociedad liberal occidental”^[6].

Sin perjuicio de que existan elementos que razonablemente lleven a pensar esto -derivados en su mayoría de los antecedentes históricos de los últimos siglos en los que numerosos países europeos tienen mucho que ver-, la percepción que determinados sectores islámicos tengan de que se trata de un intento de exportar los modelos occidentales, a los que algunos sectores de la población califican de demoníacos, por lo que más adelante se dirá, pienso que harán fracasar la mayor parte de los objetivos

[6] “Malestar en las civilizaciones”, en *Viento Sur*, n. 96, marzo (2008) p. 22.

que se pretenden ya que esa percepción provocará una “impermeabilización” -cuando no frontal rechazo- por parte de la conciencia social de diferentes segmentos sociales musulmanes.

Ahora bien, ¿está Occidente en condiciones de llevar a cabo un viaje de tamaño magnitud? De momento cabe decir que en lo económico y financiero atraviesa uno de los peores momentos de su historia, en este sentido su capacidad de apuesta es actualmente escasa si nos atenemos a costes reales de lo que exigiría la Alianza llevada a cabo seriamente. En el orden político, podríamos calificar sus regímenes de “democracias estancadas”. A nivel mundial es sintomático que los países que tienen derecho de veto en la ONU no admitan -ni como hipótesis de trabajo- la posibilidad de renunciar a tal prerrogativa. La ONU es, cada día más, un enorme aparato, costosísimo y poco operativo, hipotecado y sin futuro tal como es, sólo le salva la conveniencia de que siga existiendo. A niveles más cercanos, tanto el proyecto de Constitución para Europa (que es el primer paso hacia una querida Confederación de Naciones o, dicho en términos orteguianos, los Estados Unidos de Europa) como los propios regímenes políticos internos están demostrado una incapacidad casi total para dar respuestas satisfactorias a una buena parte de los problemas emergentes. No son éstos, precisamente, buenos momentos para acometer proyectos de envergadura.

4. Escasez de recursos

Antes de la crisis financiera, es decir, cuando más se podía, no se produjo ninguna aportación dineraria significativa para abordar los primeros retos de la Alianza. El 2007 se cerró con un presupuesto de tan sólo 6,9 millones de euros y, aunque se han anunciado mayores dotaciones, no es de prever que el esfuerzo que se vaya a realizar sea suficiente. El que sólo once países y organizaciones hayan cooperado económicamente es otro síntoma de debilidad, como lo es que Washington, pese a haber mostrado cierto interés, reserve su posible colaboración económica a proyectos concretos que la Alianza le presente.

Es fácil que el nuevo Presidente estadounidense, Sr. Obama, aborde seriamente esta materia, pero debemos tener en cuenta que una parte importante de la política exterior norteamericana es casi inamovible, estando al margen del perfil de sus gobernantes. Mientras que la Alianza no sea asumida por EE.UU. y no se produzca una apuesta firme en materia presupuestaria, no se conseguirán grandes objetivos.

5. El problema palestino

Aunque podríamos afirmar que hay una parte relevante de dirigentes políticos musulmanes que no tienen ningún interés en que se cree de modo definitivo un Estado palestino, esto sólo es una parte de la verdad, la otra es que existe una enorme sensibilidad hacia esta cuestión y que desde amplios sectores islámicos se considera vergonzoso todo lo que ha sucedido en torno a la creación del reciente Estado de Israel, situación alimentada, sostenida e, incluso, legitimada por el Sionismo (nacido en la neutral Suiza) y por el gran socio de Tel-Aviv, los EE.UU. Bush hijo no quiso terminar su mandato sin ver con sus ojos la resolución definitiva del conflicto mediante el seguimiento de la famosa “Hoja de ruta”, pero su empeño ha servido de bien poco. Planear una Alianza de Civilizaciones con la pervivencia de los “affairs” políticos, militares, sociales y económicos constantes de Líbano, Siria, Palestina... en relación al régimen israelí es una opción poco creíble.

El conocimiento de la idiosincrasia árabe e islámica así como del discurso y del fundamento ideológico de los movimientos integristas, fundamentalistas y yihadistas obligan a Occidente a desarticular esos discursos, a deslegitimar el uso de la fuerza, pero ésta es usada constantemente por los EE.UU. en sus operaciones militares en cualquier región del mundo. De la actitud de Israel no es necesario decir una sola palabra; así las cosas, todo apunta a que esta (pendiente) asignatura dificultará enormemente cualquier proceso serio y contundente de llevar a cabo la ansiada Alianza. Para que nos hagamos idea de lo dicho, preguntada la juventud marroquí en una encuesta relativamente reciente

sobre las cuestiones que más le preocupan, el principal motivo de malestar no era el paro, ni la pobreza, ni la falta de oportunidades o de libertades, su mayor preocupación era el palestino.

6. El pensamiento único

En el discurso del Presidente del Gobierno español pronunciado en la celebración del I Foro se anuncia el nombramiento de un Coordinador nacional. Independiente de la valía personal y profesional que vaya a tener ese Coordinador, dependerá de Presidencia de Gobierno y, en tal sentido, deberá llevar forzosamente el estigma de la coincidencia de planteamientos. Cuando no haya dinero justificará su ausencia, cuando haya un poco proclamará el esfuerzo realizado, en todo caso bendecirá las estrategias y oportunidades que se planteen por iniciativa del propio Gobierno, del que dependerá. Esta tendencia al pensamiento único -jerarquizado- y el abuso que se hace de la disciplina de partido puede convertir el Foro en coro si no se adoptan mecanismos eficaces para garantizar el pluralismo ideológico -en sentido amplio del término-.

Esto mismo puede suceder en otros nombramientos, invitados o protagonistas que intervengan en el proceso, si su espíritu es crítico, aunque sea constructivo, pueden ser eliminados incluso de los propios foros de debate y/o decisión.

7. Ausencia de planeamiento

Si bien es cierto que el Estado español ha tomado la iniciativa de elaborar un conjunto de cincuenta y siete medidas, no creo que muchos Estados se sumen, de momento, en la adopción de programas concretos que llevar a cabo en sus respectivos territorios. Habrá presumiblemente una tremenda asimetría entre los esfuerzos que realicen unos países y otros. El problema no termina aquí: lo que inicialmente se enfocó a tres niveles (mundial, regional y nacional) ahora se percibe que no puede llevarse a efecto sin acudir a los tres ámbitos descendentes -de concreción- que restan: el autonómico, el provincial y el local. Si repartimos las partidas económicas existentes entre los seis niveles de actuación, la cantidad resultante para cada área de intervención es forzosamente exigua, de modo que resulta imposible trascender del exclusivo ámbito cultural. Éste es, pienso, el saldo del I Foro celebrado y, si no cambian las cosas, será el de los siguientes, aunque es preciso reconocer que en sus conclusiones existen propuestas muy interesantes.

Esto es sólo un muestreo de algunos de los problemas a los que se enfrenta la Alianza. No he entrado deliberadamente en otros muchos -y de tremendo calado- como son el indebido triunfalismo, la falta de actuación en ámbitos necesarios como la Religión, la Teología y el Derecho, las diferentes perspectivas existentes en torno al hombre, a los regímenes políticos o al capitalismo... que tienen ambas civilizaciones y los centros que alimentan las ideologías fundamentalistas del Islam contra las que, en definitiva, se pretende combatir. A algunos de ellos me referiré en los próximos apartados.

3. ANÁLISIS DE LAS DIVERGENCIAS EXISTENTES ENTRE OCCIDENTE Y EL MUNDO ISLÁMICO

La lectura que de los acontecimientos acaecidos en la infrahistoria de Occidente realizó Ortega y Gasset en su obra cumbre, “La rebelión de las masas”, pese a no haber sido correctamente metabolizada por los dirigentes políticos europeos, ni americanos, ofrece una serie de claves que bien pueden servirnos para saber qué es lo que nos está pasando y, por supuesto, para prever las dificultades que nos encontraremos durante el inacabable proceso iniciado de aliar dos civilizaciones. Apoyándome en mi personal interpretación de esa lectura y, sobre todo, en las investigaciones realizadas años atrás en torno al Ordenamiento confesional islámico y a los Derechos de los países musulmanes, procuraré poner sobre la mesa algunos de los factores que generan desencuentros entre la cultura occidental y el Islam.

El Islam es una realidad plural, repleta de tensiones internas, es cierto, pero también lo es que en él existe un amplio denominador común que permite hacer -con la debida prudencia- algunas generalizaciones. Veamos estos antagonismos para darnos cuenta del profundo calado de las aguas que se pretenden surcar.

Europa (y, por extensión, América) representa una unidad, una identidad común acrisolada a través de varios milenios de convivencia salpicada por continuas guerras, cismas y conflictos -que Ortega califica de “civiles”-, de modo que puede hablarse de la existencia de un alma europea. Esto explica que, desde la segunda década de la anterior centuria, hasta la fecha y el inmediato futuro predecible, el devenir histórico de Europa haya seguido, casi al dictado, las profecías de nuestro gran filósofo. Frente a esta unidad que es política pero que también es social, jurídica, económica y cultural, el Islam se nos presenta como una realidad extraordinariamente compleja, antagónica incluso. Cada país es diferente, cada escuela también; del mismo modo que podemos establecer claras diferencias entre sunismo y chiísmo, cabría traer a colación corrientes de pensamiento tan contrapuestas como pueda pensarse. Esto es verdad respecto a casi todo: la apostasía, el papel de la mujer en la sociedad, los derechos humanos, la opinión que se tiene de Occidente, la aplicación de la *Sharia* o las posibles interpretaciones de El Corán.

Frente a un Occidente dualista, un Islam monista en el que la separación entre política y religión es enormemente difusa -cuando existe-. Frente a un Occidente capitalista, que ha basado su desarrollo en las Revoluciones industriales, el comercio y las finanzas, la explotación de los recursos naturales, su fe en el progreso y el deseo de ejercer su hegemonía sobre otras áreas y regiones del planeta; un Islam estructuralmente socialista^[7] que pretende construir una sociedad en torno a Dios y a unos valores que se consideran sagrados, intangibles, universales y eternos, que nada tienen que ver con el capital y que centran su interés en la familia, la Umma y su convicción de que terminará triunfando su modelo ético de sociedad.

Un Occidente que ha crecido en torno al concepto de persona frente a un Islam que desconoce este término y para el cual lo verdaderamente importante es la Comunidad: el individuo será feliz si esa Comunidad se mantiene fiel a Dios. Un Occidente políticamente laico frente a un Islam confesional; un Occidente que socialmente vive a espaldas de Dios frente a un Islam que no entiende esa forma de emancipación del ser humano; un Occidente en el que la libertad ha sido resultado del esfuerzo y de la lucha del individuo frente a las diferentes formas de absolutismo (estatal), y en el que los derechos fundamentales representan una conquista, el fruto de siglos de combate frente al poder en sus distintas modalidades (político, religioso, económico...) ante un Islam en el que los derechos humanos están condicionados *a priori* por una visión teológica difícilmente modificable; un Occidente dinámico (también en el ámbito jurídico) frente a un Islam de estructuras políticas y jurídicas petrificadas; una civilización que siempre anda mirando hacia el futuro, frente a un Islam que en buena parte propugna la vuelta a los valores del pasado y la tradición; un Occidente, en fin, compuesto por democracias centenarias, que ha sido protagonista de su propia historia, frente a un Islam que todavía no ha tenido tiempo de asumir los valores -ni los riesgos- de los sistemas democráticos y cuya realidad nacional ha sido producto reciente de movimientos políticos y tomas de decisión adoptadas en despachos de Londres, París o Ginebra.

Es obvio que todos estos antagonismos deben servir para reflexionar acerca de las tremendas dificultades que los ingenieros y técnicos de la Alianza de Civilizaciones se encontrarán en cada paso que den. No hay un Islam, hay muchos, no hay un Marruecos, hay, al menos, dos, el que se aferra a la tradición y el que reivindica la modernidad, el que cree que no es posible avanzar sin otorgarle a la mujer un papel protagonista y el que se escandaliza ante esto.

^[7] Este término tiene en el Islam una serie de connotaciones diferentes a las existentes en Europa.

Cuando Occidente habla de diálogo entre culturas está pensando en la transferencia de experiencias democráticas, en la necesidad de empujar a los países musulmanes a avanzar en la conquista de los derechos humanos, en lograr un estatuto más igualitario, etc.; hay una gran parte del Islam que su suma a estos postulados, pero Europa no renuncia a “matrimonializar” las uniones homosexuales, ni a despenalizar el aborto, ni a evitar que se publiquen unas viñetas de mal gusto en las que aparece el Profeta armado hasta los dientes, ni castiga a los autores de las mismas. Estos pasos adelante que se dan desde posicionamientos laicos en los que la libertad individual parece estar por encima de todo, producen una serie de reacciones en cadena en la que los sectores fundamentalistas pueden “tapar la boca” a los musulmanes que defienden la modernidad y la apertura.

Estos ejemplos, extraídos de las políticas domésticas, no son ignorados por la opinión pública de los países musulmanes. Lo mismo sucede a nivel exterior, mientras el Primer Mundo siga fabricando armas y las exporte a los países pobres, mientras siga interviniendo militar y políticamente en las escenas internacionales como si se tratara de un inmenso tablero de ajedrez y mientras siga manteniendo su hegemonía utilizando los medios que él mismo elabora (el FMI es un ejemplo) será fácil presa ante cualquier espíritu crítico.

Occidente, como puede verse, no renuncia a nada. Se muestra orgulloso de una democracia que parece querer hacer creer ha inventado (aunque ha degenerado, en realidad, en una partitocracia) convirtiéndola en una especie de religión sin Dios, en la que legitima toda acción de gobierno y que, en el fondo, pretende exportar a los países ubicados al otro lado del arco mediterráneo, pero no parece muy proclive a enriquecerse de todo aquello que el Islam pueda enseñarle y, mucho menos, renunciar a su “soberanía”. En este maremagnum de antagonismos y enfrentamientos dialectales existentes en todas las materias, ¿es posible una Alianza de Civilizaciones? No sé si es posible, lo que sí sé es que resulta necesaria.

4. REFLEXIONES FINALES Y PROPUESTAS

Que al mundo le conviene evitar conflictos globales es una verdad incuestionable, pero también lo es erradicar la pobreza, la enfermedad, la guerra y el analfabetismo. Que el Islam, de modo más preciso una parte de él, supone un peligro potencial para la estabilidad del planeta y para los intereses occidentales es otra gran verdad; en este sentido, atacar la idea de buscar esa adecuada Alianza entre dos civilizaciones históricamente enfrentadas y, a causa de diversos problemas anteriormente apuntados, lista para renovar sus odios, es -a mi modesto juicio- un acto de insensatez. Ahora bien, no ser conscientes de las realidades -muchas veces soterradas- que dificultan o condicionan un proyecto de esta envergadura, utilizar escasos medios para ello, o reducirlo a una maniobra unilateral en la que Occidente lleve la iniciativa y busque sus intereses particulares, haciendo a cambio algunos guiños que promuevan ese diálogo, se me antoja algo infantil.

En este sentido creo que falta el *prius* filosófico de la Alianza, saber el para qué de la misma. ¿Se trata de tender puentes entre dos mundos bien distintos? ¿o de ayudar a los que no son como nosotros a parecerse más, de homogeneizarles?, ¿queremos aunar esfuerzos para combatir el terrorismo que sacude y zarandea la estabilidad de todos los Estados?, ¿o sacar a ciertos sectores de la población islámica del subdesarrollo?, ¿nos basta con impedir la imparable inmigración que sufrimos todos los países -emisores y receptores- de mano de obra?, ¿o realmente apostamos por extender en el mundo unas condiciones mínimas de calidad de vida?

La Alianza representa una utopía y, como tal, merece todo el esfuerzo de quienes creemos que es siempre posible un mundo mejor y más justo. Diálogo, colaboración, cooperación, desarrollo, transferencia de ideas, pensamientos, tecnología, experiencias, programas... son los mecanismos necesarios para lograr esa atmósfera que intente impedir la radicalización e intransigencia de determinadas corrientes ideológicas.

No quiero eludir el riesgo de trazar algunas líneas de actuación que considero necesarias ahora que -estando dando los primeros pasos- podría decirse que todo está por hacer:

1. Participación

Es preciso que las autoridades promotoras integren e impliquen el mayor número de organizaciones y sectores (partidos políticos, sindicatos, asociaciones juveniles, confesiones religiosas, empresarios, economistas, juristas, filósofos, sociólogos, docentes, investigadores...), profesionales de todas las ramas pueden y deben aportar a este gigantesco proyecto sus ideas, conocimientos y apoyos.

Uno de los males mayores que azotan Occidente es la marginación de la Universidad. Ésta ha sido convertida en una especie de escuela de nivel superior y capacitación profesional a la que cada día se le exige más pero a la que cada vez se la escucha menos. Cuando se habla de investigación, de proyección social, de rendimiento, de futuro... en realidad lo que se quiere decir es desarrollo económico, patentes de invención, progreso material. Las Ciencias Sociales están constantemente relegadas. Sus ámbitos de conocimiento, los resultados de su estudio, la investigación, la reflexión y la transferencia de ideas y experiencias no sirven para nada por falta de aplicación. La causa hay que buscarla en el desinterés -si no desprecio- que normalmente se hace desde posiciones partidistas, los centros de poder no se han dado cuenta todavía que las Ciencias Sociales tienen retos más importantes y trascendentes que las Ciencias tecnológicas o, dicho de otro modo, que se pueden salvar más vidas aplicando las aportaciones científicas de los investigadores que trabajan en el ámbito social del saber humano que con el descubrimiento de una nueva vacuna.

2. Compromiso

La Alianza no puede quedar reducida a un grupo de iniciativas, unas concretas, otras genéricas y abstractas, si no pivotan en un programa general, articulado, sensato, consensuado y realista que implique una dotación presupuestaria adecuada y la responsabilidad de ejecución por parte de quien se encargue de llevarla a término. Qué cosas cabe hacer, cómo pueden ser ejecutadas, qué se precisa, quién se responsabiliza, cuánto tiempo tiene para materializar esas iniciativas y quien somete a valoración el trabajo que se va desarrollando, los plazos de ejecución y la aplicación de las partidas presupuestadas para tales fines son la única manera de materializar el concepto.

3. Multilateralidad

Occidente, es evidente, tiene una deuda -en términos generales- con el mundo islámico, en tal sentido cabría decir que su compromiso está justificado por razones de justicia material. Ahora bien, eso no implica que unos lleven la iniciativa y otros vayan “a remolque”, que unos sean los que hacen el esfuerzo económico y digan en qué se gasta ese dinero y otros sean los beneficiarios que colaboran con esos fines perseguidos y que ha establecido tácita o expresamente Occidente. No se trata de que el Islam se sume a estas iniciativas, es necesario que las haga suyas, que sean suyas también, que participen de igual a igual con Euroamérica a la hora de señalar cuáles son sus necesidades, sus ideas, sus proyectos. Cualquier gesto que implique el deseo de exportación del modelo occidental a las sociedades islámicas está condenado al fracaso. Por lo mismo, es intolerable que, por ejemplo, en numerosos países no se respeten los derechos fundamentales y las libertades públicas. Desde esta parte del Mediterráneo debemos exigir para todos, súbditos y extranjeros, independiente de la religión que profesen los ciudadanos, el profundo respeto a los derechos humanos y el sometimiento de los Estados a criterios objetivos como son: orden público, principio de legalidad, tutela judicial efectiva, interdicción de la arbitrariedad de los poderes públicos, garantías procesales o el recurso a Tribunales internacionales que fiscalicen la actuación de los poderes públicos y privados. Dicho de otro modo, con independencia del modelo de Estado y de Gobierno, con independencia de si se opta por un

sistema laico o, por el contrario, se prefiere el confesional, y por encima de cualquier otra consideración de orden político, es preciso consolidar Estados de Derecho.

4. *Juridificación*

El pasado siglo XX se ha caracterizado, entre otras cosas, por la aparición de un instrumento de carácter mundial: la aparición de un nuevo orden jurídico internacional. El siglo XXI debe ser el que logre la eficacia del mismo. Las viejas estructuras sobre las que se basa este nuevo sistema normativo ha quedado más que en entredicho, el fracaso permanente de sus ordenamientos sólo es comparable con la inaplicación sistemática de sus normas y la insuficiencia de las mismas. Los derechos humanos destacan por lo constante de su vulneración, y desde Guantánamo a los Tribunales de *Sharía* pasando por las minas antipersona o los “corredores de la muerte”, todo apunta a una vergonzosa insensibilidad hacia el sufrimiento y la dignidad del hombre. “¡No hay derecho!”, podría exclamar cualquier persona; un jurista podría añadir “¡No hay Derecho!”. El Derecho internacional parece concebido para ser ignorado o, simplemente, vulnerado, tanto por quienes ocupan las mayores instancias del poder político y económico -sabedores de que jamás ocuparán el banquillo del Tribunal Penal Internacional- como por aquellos analfabetos que creen que es lícito matar para comer. No es posible una Alianza sin justicia y no es posible una justicia sin Derecho, dejar al margen este inmejorable instrumento de cambio, además de miopía, demuestra insensatez en el procedimiento.

5. *Teologización*

Toda la producción documental que hasta la fecha ha dado lugar la Alianza de Civilizaciones deja al margen la Religión, como si ésta no interesara, fuera tema tabú o sólo sirviera para remarcar las diferencias. Sin embargo, el sustrato común que tienen todas las religiones abrahámicas es enorme, hasta el punto de ser infinitamente más los aspectos que les unen que los que les diferencian. Esto es verdad a nivel teológico, ético, doctrinal e, incluso, histórico. Las disparidades con frecuencia resultan anecdóticas, meramente teóricas, a veces estériles. ¿Se puede construir una Teología común, una ética común, unos valores compartidos en torno a la dignidad del ser humano, a la paz, a la solidaridad de pueblos, etnias y naciones? Evidentemente sí, pero todavía estamos pagando la milenaria política adoptada por todas las Iglesias y Confesiones religiosas de remarcar las diferencias existentes entre cada una de ellas y el resto, anatemizando las demás. Ejemplo de ello es que sus Ordenamientos jurídicos (confesionales) establecen todo tipo de prohibiciones y dificultades al objeto de impedir que contraiga matrimonio un miembro de la propia Confesión con otro que no pertenece a la misma.

Las Religiones tienen mucho que hacer para sacar a la luz esos numerosísimos y trascendentes elementos comunes que en realidad comparten y que siempre pusieron en evidencia místicos y santos, todos ellos de alguna forma perseguidos en vida, ahora olvidados. Si desde el poder político no se tiene en cuenta el papel que pueden y deben desempeñar las Religiones para trazar puentes entre sí, la Alianza habrá nacido muerta^[8].

Derecho, Religión y Política, tres instancias completamente diferentes que es preciso conectar; en ningún caso la tercera puede pretender sustituir, olvidar o relegar a las demás. Lo económico será un factor muy a tener en cuenta, aunque no sea el más importante.

6. *Coherencia*

Debemos ser conscientes de nuestras propias contradicciones, de los defectos de nuestros sistemas. Evidentemente los Estados europeos o americanos no tienen por qué renunciar a su esencial libertad para legislar en cualquier materia de su competencia de la forma que consideren más

[8] En este sentido Santiago PETSCHEN, “La nueva presencia de la religión en la política internacional: una dimensión a tener en cuenta en una alianza de civilizaciones occidental e islámica”, en *Real Instituto Elcano*, DT núm. 46/2007, 17 de octubre de 2007.

oportuna. Dicho esto, tampoco deben ignorar que legalizar el aborto, aplicar la pena de muerte, consentir la experimentación médica con embriones o permitir impunemente la publicación de viñetas con la imagen del Profeta del Islam, son escollos que desde *dar-al-Islam* se interpretan como una degeneración de las sociedades occidentales, es más, les llama la atención que la población -cristiana en su mayoría- no hagan su particular *yihad* contra este tipo de situaciones. El Estado moderno puede y debe seguir legislando de acuerdo a criterios de soberanía, sin sentirse condicionado por criterios éticos de tal o cual confesión, pero de nada sirve hablar de una ética común, planetaria, de una cultura de la paz y de la vida si, al mismo tiempo, el hacer legislativo de los parlamentos cultivan la cultura de la muerte, y los Gobiernos respectivos siguen explotando los recursos naturales de los países del Tercer Mundo, siguen ejerciendo su hegemonía sobre los Estados pobres y cultivan el más inamovible de los capitalismo.

¿Está dispuesto Occidente a escuchar las voces que proceden de la cultura de la media luna? ¿Cree que tiene algo que aprender del Islam? ¿Quiere auditar sus propias democracias para globalizar el consumo, la calidad de vida, la igualdad de oportunidades, la salud y la paz o, por el contrario, no está dispuesto a mover un ápice el timón de sus naves ni ajustar sus velas para lograr un mundo más justo?. Todo esto fuerza al mayor entusiasta de la Alianza a militar en el escepticismo.

Una última consideración de tipo teórico-práctico. Los numerosos intelectuales musulmanes, arabistas e islamólogos, que han estudiado en los últimos años el *yihad* y las manifestaciones organizadas de todas las ideologías fundamentalistas e integristas que lo defienden, están de acuerdo en que este fenómeno, cada vez más numeroso y estructurado, opera sobre las poblaciones más pobres recabando adhesiones, adeptos e incondicionales, dando una imagen distorsionada e irreal, pero favorable de sí mismas. Los mecanismos que utilizan son extraordinariamente sencillos y eficaces: Llegan donde ni los Estados ni otras Instituciones actúan, proporcionan alimentos, atención médica y escuelas gratuitas para esos sectores de la población que no pueden pagarse estos tres servicios esenciales. Acabar con este tipo de prácticas exige un esfuerzo importante y un conjunto de actuaciones inteligentes que sólo pueden ser llevadas a cabo con la cooperación de Organismos internacionales y la seria participación de los Estados implicados, sin despreciar el papel que puedan desempeñar las ONGs y otro tipo de organizaciones. La actuación coordinada de todas esas fuerzas exige la asunción de un liderazgo real y efectivo así como el establecimiento de una estructura piramidal sólida, bien articulada y multidireccional que actúe aunando todas las fuerzas operativas para abordar los grandes retos que ha querido asumir la bien llamada “Alianza de Civilizaciones”.

En el horizonte más inmediato, yo no atisbo nada de esto.